

Entretanto los soldados habían llegado y se agrupaban en torno del ahogado. Abrió uno de ellos su cantimplora, y le introdujo en la boca algunas gotas de aguardiente.

Juan Oullier abrió los ojos.

Su primera mirada la fijó en Michel que le sostenía la cabeza, y hubo en ella tal expresión de angustia, que engañó al teniente.

—Aquí tenéis á vuestro salvador, buen hombre, dijo señalando á Michel.—¡Mi salvador! ¡su hijo! exclamó Juan Oullier. ¡Oh! ¡gracias, Dios mío! eres tan grande en tu misericordia como terrible en tu justicia.

XLI

EPÍLOGO

A eso de las siete de una tarde del año 1843 paróse un carruaje á la puerta del convento de carmelitas de Chartres.

Iban en el coche cinco personas: dos niños de ocho ó nueve años, un hombre y una mujer de treinta á treinta y cinco, y un campesino de edad, robusto á pesar de sus canas, quien no obstante lo humilde de su traje ocupaba al lado de la señora la testera del carruaje, teniendo en sus rodillas uno de los niños que jugaba con la cadena de acero de su reloj, mientras él pasaba la arrugada mano por la sedosa cabellera del niño.

Al detenerse el carruaje, la señora asomó la cabeza por la portezuela, y retiróla con dolorosa expresión cuando vio las oscuras paredes que circuían el convento y el pórtico sombrío que le servía de entrada.

El postillón se acercó á la portezuela y dijo:

—Es aquí.

La señora estrechó la mano de su marido sentado en frente de ella, y dos gruesas lágrimas le surcaron las mejillas.

—¡Valor, Mary! díjola el joven, en quien conoce el lector al barón Michel de la Logerie; siento que la regla del convento me impida compartir contigo ese triste deber: después de diez años esta será la primera vez que sufriremos apartados uno de otro, ¿no es cierto, Mary?—La hablaréis de mí, ¿no es verdad? dijo el viejo campesino.—Sí, Juan, respondió Mary.

Apeóse ésta y llamó á la puerta.

Al aldabonazo que resonó lúgubrementemente en la bóveda vino á abrir la hermana tornera.

—¿Sor Marta? dijo la señora.—¿Sois la persona á quien espera nuestra superiora? preguntó la carmelita.—Sí, hermana.—Pues vais á verla; mas acordáos de que la regla exige que la habléis en presencia de una hermana, prohibiendo especialmente que la recordéis el mundo.

Mary inclinó la cabeza, y la tornera la condujo por una oscura y húmeda crujía con diez ó doce puertas, empujando una de las cuales se apartó á un lado para dejar pasar á la baronesa de la Logerie.

Vaciló ésta conmovida un momento, y cobrando en seguida fuerzas traspuso el dintel y hallóse en una celda de ocho piés cuadrados á corta diferencia, cuyo mueblaje consistía en una cama, una silla y un reclinatorio, viéndose por únicos adornos algunas santas imágenes pegadas á las desnudas paredes, y un crucifijo de ébano y cobre encima del reclinatorio.

Nada de eso vió Mary.

En el lecho había una mujer cuyo rostro había tomado el color y la transparencia de la cera, y cuyos descoloridos labios parecían próximos á exhalar el último suspiro.

Aquella mujer era, ó más bien, había sido Berta.

Entonces sólo era sor Marta, superiora del convento de carmelitas, y en breve no sería más que un cadáver.

Al ver que entraba una extraña abrió la moribunda los brazos, á los que se arrojó Mary.

Tuviéronse gran rato estrechamente abrazadas, Mary bañando con sus lágrimas el rostro de su hermana, y Berta anhelante, pues en sus ojos hundidos por la austeridad del claustro parecía que las lágrimas se habían secado para siempre.

La tornera, que sentada en la silla leía el breviario, no estaba tan entregada á sus oraciones que no advirtiera lo

que á su lado pasaba, y hallandó sin duda que aquel abrazo se prolongaba más de lo que permitía la regla, tosió para avisar á las dos hermanas.

Sor Marta rechazó suavemente á Mary sin dejar de estrecharla la mano.

—¡Hermana, querida hermana mía! exclamó Mary, ¿quién hubiera dicho jamás que nos veríamos de esta manera?— Conformémonos con la voluntad de Dios, respondió la carmelita.— ¡Ay! á veces es muy severa.— ¿Qué dices, hermana? Al contrario, para mí su voluntad es benigna y misericordiosa: Dios podía dejarme largos años en la tierra, y se digna llamarme á sí.— En el cielo verás á nuestro padre, dijo Mary.— ¿Y á quién dejaré en la tierra?— A nuestro buen amigo Juan Oullier, que vive y te ama, Berta.— Gracias, ¿y quién más?— Mi esposo y dos niños que se llaman Pedro y Berta, y de mí han aprendido á bendecirte.

Las mejillas de la moribunda se tiñeron de un ligero rubor.

—¡Niños queridos! murmuró, si Dios me concede un lugar á su lado, te prometo que rogaré por ellos allá arriba.

Y sor Marta comenzó en la tierra la oración que debía terminar en el cielo.

En medio de esa oración y en el silencio que guardaban los circunstantes oyóse la vibración de una campana, poco después el tañido de una campanilla, y por último en el corredor unos pasos que se acercaban á la celda.

Era el Viático.

Cayó Mary de rodillas á la cabecera de la cama, y entró el sacerdote con el sagrado copón en la mano izquierda y la hostia consagrada en la derecha.

En este momento, sintiendo Mary que la mano de Berta buscaba la suya, creyó que solamente se la quería estrechar; y se equivocaba, pues Berta le puso en la mano un objeto que ella conoció ser un medallón.

Mary quiso mirarlo.

—No, nó, dijo Berta, hasta que yo haya muerto.

E indicando su hermana que se conformaba con la prescripción, inclinó la cabeza sobre sus manos juntas.

La celda y el corredor se habían llenado de religiosas que estaban orando arrodilladas.

La moribunda se animó un tanto para recibir á su Criador é incorporóse un poco murmurando:

—¡Héme aquí, Señor!

Púsole el sacerdote la hostia en los labios, y la moribunda recayó con los ojos cerrados y las manos cruzadas.

Quien no hubiese visto el movimiento de sus labios habría creído que era cadáver, tan pálida estaba y tan débil era su respiración.

El ministro de Dios acabó las otras ceremonias de la Extremaunción sin que la moribunda abriera los ojos, y luego salió seguido de los asistentes.

Acercóse entonces la tornera á Mary arrodillada, y tocándola ligeramente el hombro, dijo:

—Hermana, la regla de nuestra orden prohíbe que permanezcáis más tiempo en esta celda.— ¡Berta! ¡Berta! exclamó Mary sollozando, ¿oyes lo que me dicen? ¡Gran Dios! ¡haber vivido veinte años sin dejarnos un día, once años separadas, y no poder estar dos horas juntas en el momento de abandonarnos para siempre!— Púedes permanecer en la casa hasta el instante de mi muerte, hermana mía, y moriré contenta sabiendo que estás cerca y rogando por mí.

Quiso Mary inclinarse para abrazar por última vez á la moribunda; pero la religiosa presente á la entrevista la detuvo diciendo:

—Hermana, no desviéis con recuerdos mundanos á nuestra santa madre del celeste camino que está siguiendo.— ¡Oh! no quiero dejarla así, exclamó Mary arrojándose sobre el lecho y juntando sus labios con los de Berta, quien los movió ligeramente al sentir el beso de su hermana, y luego la apartó con la mano.

Pero esta mano ya no tuvo fuerzas para reunirse con la otra y cayó inerte sobre la cama.

La religiosa se acercó, y sin una lágrima, sin un suspiro, sin que su rostro revelara la menor emoción, cruzó los brazos de la moribunda sobre su pecho, empujando en seguida suavemente á Mary hacia la puerta.

—¡Oh Berta! ¡Berta! exclamó ésta prorrumpiendo en sollozos.

Parecióla que la moribunda respondía murmurando el nombre de Mary.

Estaba en el corredor, y cerróse la puerta.

—¡Ah! exclamó Mary, dejad que la vea otra vez, una sola vez más.

Pero la religiosa extendió los brazos, cerrándola el paso.

—Está bien, dijo Mary cegada por las lágrimas; guíadme, hermana.

La tornera condujo á la baronesa á una celda desocupada. La que la habitaba había fallecido la vispera.

Arrodillóse Mary en un reclinatorio que tenía encima un crucifijo, y estuvo orando una hora, pasada la cual volvió la religiosa diciendo con la misma voz fría é impasible:

—Sor Marta acaba de morir.—¿Puedo verla? preguntó Mary.—La regla de nuestra orden lo prohíbe.

Suspiró Mary y hundió otra vez la cabeza en las manos, en una de las cuales tenía el objeto que le había entregado Berta en el momento de comulgar.

Sor Marta había expirado, y la baronesa podía examinarlo.

Era en efecto un medallón que contenía cabellos y un papel.

Los cabellos eran del mismo color que los de Michel, y el papel decía:

«Cortados mientras dormía, en la noche del 5 de junio de 1832.»

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Mary alzando los ojos al crucifijo. ¡Señor! ¡recíbela en tu misericordia!

En seguida, poniéndose el medallón sobre el pecho, la baronesa bajó la fría y húmeda escalera del convento.

El coche estaba todavía á la puerta.

—¿Y bien? preguntó Michel abriendo la portezuela.— ¡Ay! todo se acabó, dijo Mary arrojándose á sus brazos; ha muerto prometiendo rogar por nosotros en el cielo.— Dichosos niños, exclamó Juan Oullier poniendo la una mano sobre la cabeza de Pedro y la otra sobre la de Berta; dichosos niños, vivid sin cuidado que una mártir vela por vosotros desde las estrellas.

FIN.

ÍNDICE DEL TOMO II

	PÁG.
I.—Peligros de una mala compañía	5
II.—Dónde maese Jaime cumple el juramento hecho á Poca-Alegria	12
III.—Dónde se ve que no todos los judíos son de Jerusalén, ni de Túnez todos los turcos	15
IV.—Cómo se viajaba en el departamento del Loira inferior á mediados de Mayo de 1832.	24
V.—Continuación del anterior.	27
VI.—Un poquito de historia nunca está de más.	33
VII.—En donde Petit-Pierre hace de tripas corazón	40
VIII.—A lo hecho pecho.	45
IX.—De cómo y por qué fué el barón Michel á Nantes.	51
X.—Donde la oveja cae en la trampa creyendo entrar en el redil.	57
XI.—Donde Polilla demuestra que á encontrarse en lugar de Hércules hubiera ejecutado veinte y cuatro trabajos en vez de doce	63
XII.—Sueño próximo á convertirse en realidad	73
XIII.—En donde los sucesos no pasan como imagina el lector	83
XIV.—En donde creyendo el barón apoyarse en una caña encuentra una encina	88
XV.—Los últimos campeones de la Monarquía	93
XVI.—En donde Juan Oullier miente con buenos fines.	98
XVII.—De cómo se fugan juntos el preso y el carcelero	102
XVIII.—El campo de batalla.	107